



Eduardo Valencia Vásquez

Director del Instituto de Investigaciones
Económicas de la PUCE

evalencia@puce.edu.ec

El devenir errático del liberalismo clásico



Sibato: Historia y mito han demostrado que la historia no es suficiente para el hombre. El hombre solo cabe en la utopía.

El Liberalismo Clásico es una de las doctrinas que ha moldeado la vida de las sociedades. El pensamiento de Adam Smith fue uno de sus determinantes, pero sus tesis serán mal interpretadas y distorsionadas. Más tarde la posibilidad de la ética de la convivencia y de la ética de la convicción, llevó a los gobernantes a adaptarse mejor a la primera. Si el Liberalismo clásico ha de proyectarse al futuro debe recuperar el pensamiento de los filósofos morales de todos los tiempos.

El Liberalismo Clásico es sin duda una de aquellas doctrinas que ha permanecido y moldeado la vida de las sociedades y ha dejado una huella indeleble en la historia. Si solamente se tratase de hacer una inferencia lógica, cabría esperar que el Liberalismo Clásico, que lleva más de dos siglos de duración, continúe influyendo en la vida de las sociedades contemporáneas por períodos aún más prolongados. Tal inferencia, como lo veremos, puede tener connotaciones que la corroboren, pero, como también indicaremos, ello puede no necesariamente cumplirse. La historia nunca obedece a pronósticos e inferencias lineales.

En todo caso, su permanencia en el tiempo, mientras más prolongado sea, siempre deja lecciones que se deben rescatar. Lo importante es que siempre se analicen las doctrinas en relación a los principios inmanentes al ser humano, que, por su esencia, no pueden cambiar en uno u otro momento histórico, sino que aparecen o se esconden por lapsos determinados, pero que siempre vuelven a aparecer, pues, para el ser humano, tales principios son algo que le caracteriza por su naturaleza de ser humano trascendente.

Así, pues, en la historia no existen ideas o principios que puedan desaparecer. Más bien, los principios pueden estar o no vigentes, pero jamás desaparecen.

La importancia de analizar la trascendencia de una doctrina social reviste una importancia enorme, pues, en tanto en cuanto tales doctrinas respondan a los afanes e intereses más elevados del hombre, a la final es éste mismo el que termina elevándose y mejorándose a sí mismo, y, por tanto, es el hombre quien trasciende a los sucesos históricos.

Lo descrito nunca fue mejor resumido como cuando el escritor argentino Ernesto Sábato expresó en su discurso de agradecimiento, al recibir el premio Menéndez y Pelayo dijo: "Historia y mito han demostrado que la historia no es suficiente para el hombre. El hombre solo cabe en la utopía".

Antecedentes históricos del pensamiento clásico

Antecedentes Mediatos

Para todos los efectos, las bases del pensamiento científico y social se inician alrededor del siglo V antes de Cristo con los filósofos griegos y se desarrolla aún más con el aporte de los filósofos romanos.

En el tema que nos ocupa, que se refiere fundamentalmente a los antecedentes del pensamiento económico clásico, el predecesor fundamental fue Jenofonte al ser quien primero concibió a la economía como un conjunto de postu-

lados independientes de otras ciencias, ubicándola como parte de la ética que, a la sazón, dominaba el pensamiento clásico. Para él, un objetivo fundamental de la economía era que cada ser humano tenía derecho al producto de su trabajo solamente hasta que éste satisfaga sus necesidades, y que, al momento de su distribución, ésta procure ser equitativa. El producto social consistía en la suma de los productos individuales. Fue también el primero en diferenciar el concepto de "economía" del de "crematística". Ya se mencionó que la economía propiamente dicha era una disciplina ética, mientras la crematística era la que practicaban las personas desviando su objetivo fundamental hacia el lucro desmedido y hacia una acumulación personal ilimitada de los bienes. Observó que ésta última la practicaban fundamentalmente los mercaderes.

A su vez, Sócrates y Platón investigaron más bien sobre la actitud de las personas ante la necesidad que tienen de satisfacer sus necesidades y a la forma cómo deben relacionarse con los demás seres humanos. Ambos sustentaron sus tesis en el concepto de que lo que más enaltecía al hombre y lo elevaba a un ser trascendente, era el desprendimiento, la frugalidad y la ausencia de egoísmo.

En sus prédicas, se enfrentaron con los sofistas que hacían prevalecer en su pensamiento, precisamente, al egoísmo por sobre el bien común. Representantes de los sofistas fueron Gorgias, Calicles y Protágoras quienes fueron los primeros en incorporar el pragmatismo en sus tesis políticas. Desde entonces, la práctica del egoísmo ha sido defendida por muchos escritores de la economía política como la motivación fundamental que debe guiar al ser humano en su comportamiento económico. A partir de los sofistas, hay quienes sostienen que los deseos del individuo son la medida de todas las cosas. Así pues, todo el esfuerzo de los clásicos por alcanzar el conocimiento de la verdad por la verdad, cedió el paso a la búsqueda del conocimiento pensando en la ganancia.

En la otra orilla, en la de los verdaderos filósofos, Sócrates y Platón sostuvieron lo inverso: predicaron en toda ocasión que la auténtica elevación del ser humano por sobre sus propios intereses y pasiones se conseguía a través de la práctica de la virtud, y que esta debía ser la motivación fundamental que guíe a los seres humanos en sus relaciones económicas y sociales. Desde entonces, el humanismo clásico quedó vinculado con la práctica de la virtud y la sofística a la exacerbación del egoísmo.

Pero también es verdad que, al mismo tiempo, Aristóteles buscó matizar la búsqueda de lo ideal, introduciendo en su pensamiento un cierto grado de pragmatismo atendiendo al criterio de que la práctica de la virtud por los seres humanos no siempre era fácil y completamente posible. Consiguientemente, en sus tesis, que dieron lugar a su ciencia política, pensaba que una cierta dosis de pragmatismo era necesaria.

Desde entonces, el humanismo clásico quedó vinculado con la práctica de la virtud y la sofística a la exacerbación del egoísmo



Los excesos del gasto estatal y el excesivo poder concentrado en los reyes determinó que John Locke concibiera una doctrina en la que el individuo pasara a tener preponderancia por sobre el Estado, y en consecuencia, sea el derecho natural del individuo la fuente de toda soberanía, sustituyendo el viejo concepto de que el rey era a su vez el Estado y, por tanto, sobre el que recaía la representación de la soberanía pública.

Antecedentes Cercanos

La influencia más cercana en el tiempo, que influyó posteriormente en varios de los principales pensadores de la doctrina liberal clásica, provino de lo que ahora se conoce como el pensamiento humanista del Renacimiento.

Hacia los siglos XV y XVI surgió un gran movimiento humanista, fundamentalmente en Inglaterra y Holanda, a través de los aportes de Petrarca, Erasmo de Rotterdam y Tomás Moro. Gracias a la influencia de los escritos de Sócrates y Platón, surgió en esta época una fuerte corriente de pensamiento filosófico y científico basado en el humanismo clásico greco-latino, pero refinado por los ideales del Evangelio de Cristo, que rescataba nuevamente la práctica de la virtud en todas las relaciones sociales, pero con un fuerte cuestionamiento a la influencia clerical en los gobiernos de las sociedades europeas. Estos pensadores propugnaron intensamente la liberación total de la influencia religiosa en el manejo de los Estados que hasta entonces había impuesto las normas de convivencia y que había impedido, igual que a su tiempo ocurrió en Grecia y Roma, el desarrollo del pensamiento científico. La filosofía, las ciencias y las artes, renacieron primero en Italia y luego en todo el continente europeo.

La Utopía de Tomás Moro que procuró recoger el nuevo concepto de libertad e igualdad en las relaciones humanas, fundamental en una economía igualitaria y un sistema político sustentado en la soberanía del individuo, seguía en lo básico los antiguos preceptos de la ciudad ideal de Platón basada en la virtud, así como los postulados centrales del evangelio cristiano. El idealismo de los clásicos volvía al debate académico, pero ahora en una concepción en la cual el ser humano podía alcanzar sus fines y la propia felicidad en forma libre y sin la presencia de las instituciones eclesiásticas; y también alejándose definitivamente del sistema feudal, en el cual sus gobernantes habían centralizado el poder en el Estado y no en el individuo.

Habiendo sido ésta la corriente principal del humanismo renacentista en la Europa del siglo XVI, también hubo voces disidentes de menor importancia que siguieron más bien los lineamientos pragmáticos de los antiguos sofistas, alejados de las tesis de Sócrates y Platón. Estos buscaban anteponer el pragmatismo al ideal platónico en la práctica de las ciencias políticas. El más destacado de ellos y también el que más influencia había de tener fue Nicolás Maquiavelo, quien, autodenominándose también humanista, propugnó que la razón de Estado debía predominar en el comportamiento de los gobernantes. Siguiendo el ejemplo de César Borgia, un príncipe guerrero de la época, propugnó que los gobernantes debían incorporar esa forma de pragmatismo para dirigir a las sociedades, menospreciando los objetivos éticos que, hasta entonces, había sido el eje central de las doctrinas políticas clásicas

y renacentistas. A Maquiavelo se le atribuye el más grande de los sofismas de la ciencia política: que el fin justifica los medios en la práctica política, sofisma que, a partir de entonces, han practicado todos los “condotieros” de la política. Son éstos los que en el mundo contemporáneo ahora divulgan y practican la “crematística”, habiéndola convertido en el arte de maximizar la codicia, la acumulación de riqueza, la especulación y, en última instancia, la injusticia en las relaciones de poder en la práctica de la economía.

Entorno inmediato y origen del liberalismo clásico

Con el desarrollo del comercio internacional, también crecieron las ciudades-estado italianas, conjuntamente con nuevas formas de comercio que dieron lugar a nuevos mecanismos y normativas comerciales. En esta época proliferaron las casas de cambio y los prestamistas, que son los antecesores de los banqueros italianos. Fue entonces que se hicieron presentes los primeros “condotieros” de las finanzas. A esta corriente se le denominó Mercantilismo y, en esencia, propugnaba que el objetivo fundamental de la economía consistía en la acumulación de reservas monetarias de oro y plata. Para ello, los gobernantes debían apoyar los monopolios comerciales en sus negocios en ultramar, fomentando el proteccionismo estatal a todo lo que pudiera contribuir a aumentar el ahorro en divisas. Representantes de este pensamiento fueron William Petty y Jean Bodin.

Mientras tanto, en Francia, no era el comercial el sector preponderante, sino la agricultura, y, por tanto, la Fisiocracia se asentó en este país con esas características. Se consideraba que este sector es el que más contribuía a incrementar la riqueza nacional y, por ello, se fomentó la especialización del trabajo y el mercado libre de productos, en lugar del proteccionismo y el monopolio mercantilistas. Representantes de esta escuela fueron Quesnay y Turgot, a quienes conoció Adam Smith.

En Inglaterra, fue John Locke quien inspiró e influyó en mayor medida la revolución de la clase media en Inglaterra y que tanto había de influir en el pensamiento de Montesquieu en el siglo siguiente. Él fue quien expresó en forma sistemática la necesidad de que las sociedades modernas acojan definitivamente a la democracia como el sistema más apropiado de convivencia social y, por tanto, se dé por terminado el régimen de monarquías constitucionales que hasta entonces habían dominado la política inglesa. Los excesos del gasto estatal y el excesivo poder concentrado en los reyes determinó que John Locke concibiera una doctrina en la que el individuo pasara a tener preponderancia por sobre el Estado, y en consecuencia, sea el derecho natural del individuo la fuente de toda soberanía, sustituyendo el viejo concepto de que el rey era a su vez el Estado y, por tanto, sobre el que recaía la representación de la soberanía pública.

Más tarde, un filósofo moral de ascendencia escocesa, Adam Smith, escribió un conjunto de libros, de los cuales el más conocido e influyente fue “La Riqueza de las Naciones”. El llamado padre de la economía política liberal estudió filosofía en la Universidad de Oxford -en la cual, a la sazón, se incorporaba a la economía como parte de la filosofía-. Como fruto de su formación filosófica, escribió también su libro más importante, “La Teoría de los Sentimientos Morales”, describiendo los principios de la economía política como parte de la filosofía moral, y, más concretamente, de la Ética.

Influido por los fisiócratas Turgot y Quesnay, sería él quien delineara por primera vez en la historia un sistema coherente y armónico sobre las relaciones de intercambio, en lo que se conoce como mercado libre. Tal sistema se centró en la tesis de que, siempre y cuando cada individuo fuese dejado libre en la persecución de su propio interés, el resultado de sus decisiones individuales llevaría a conseguir la mayor eficacia no solo para él sino también para la sociedad en su conjunto. Según Smith, al proceder de ese modo, los individuos estaban en capacidad de conseguir niveles de mayor productividad y eficiencia, efectos que, traducidos en una forma de comportamiento social global, traían también consigo mejoras en el bienestar común; es decir, mejoras a toda la sociedad. Las tesis de Smith implicaban que ni el gobernante de turno ni individuo alguno en particular, actuando en el mercado, pudiera influir en las decisiones libres de los demás individuos. Se suponía que ni el Estado ni el gran empresario podrían moldear el funcionamiento del mercado, pues, de hacerlo, además de provocar serias distorsiones en su funcionamiento y el desvío hacia su ineficiencia individual y social, inmediatamente desataría fuerzas que induzcan al mercado a impedir tal predominio y a restablecer los equilibrios pre-valetientes. Se esperaba que, de ese modo, se consagrara uno de los principios económicos que, desde entonces, se tornaría trascendente en el funcionamiento de toda economía, cual es, el de que la sociedad como un todo pudiera alcanzar el máximo beneficio económico, optimizando a su vez al máximo el uso de los recursos económicos disponibles para la sociedad, considerados siempre escasos.

El pensamiento de Smith, a partir de este momento, sería determinante. Desde ese instante, la sociedad supo que el bienestar social ya no dependía de la voluntad omnímoda, ni de un monarca o caudillo, ni de un empresario exitoso por más importante que sea. Solamente la confluencia libre de todo un conglomerado laborioso dedicado a la producción e intercambio libre traería consigo el máximo de bienestar para los pueblos. Desde entonces, monarcas, monopolistas y, en general, autócratas de viejo y nuevo cuño, perdieron definitivamente su anclaje en la historia.

Por desgracia, las tesis de Adam Smith fueron escritas para una época en la cual se iniciaba la economía de mer-

de ese modo, se consagrara uno de los principios económicos que, desde entonces, se tornara trascendente en el funcionamiento de toda economía, cual es, el de que la sociedad como un todo pudiera alcanzar el máximo beneficio económico, optimizando a su vez al máximo el uso de los recursos económicos disponibles para la sociedad, considerados siempre escasos.

Adam Smith jamás habría consentido que la economía que él concibió fuese convertida en simple crematística. Si él viviera hoy, jamás reconocería a la economía moderna sustentada en el más simple y vil egoísmo como parecida siquiera a la teoría económica frugal, moral y social que él creó.

cado en Inglaterra y en el mundo, y en la que participaban más bien unidades empresariales pequeñas y medianas. En toda circunstancia, tenía pleno sentido que Adam Smith buscara que ninguna de las empresas prevaleciera sobre las demás. Pero, en la práctica, sus tesis serían muy pronto mal interpretadas y distorsionadas, alejando sus resultados del óptimo que él había concebido.

Las tesis morales de Adam Smith que estaban en el trasfondo de su teoría, esto es, que el ser humano se movía fundamentalmente a través de la consecución de su interés particular pero que estaba también motivado por criterios altruistas y por la búsqueda del bien común, nunca fueron bien entendidas. En realidad, poco se conoce respecto a que Adam Smith creía firmemente que los individuos no eran ontológicamente egoístas sino que, simultáneamente a la búsqueda de su propio interés, los seres humanos practicaban “la simpatía” en sus decisiones de comercio. Si tal motivación hubiese sido entendida a cabalidad en la forma como Smith la había concebido, seguramente la normativa que hubiese sido necesaria para permitir los actos comerciales en las sociedades inglesa y en general europea habría sido distinta a la que fue, y, con seguridad, los resultados del sistema económico, también, habrían sido distintos. El concepto de “simpatía” de Smith no era, como puede pensarse, una mera actitud de urbanidad y buenas maneras en las relaciones comerciales. Era mucho más que eso: implicaba una actitud de generosidad y compasión, muy propios del pensamiento y la idiosincrasia de la sociedad inglesa de su tiempo. Implicaba una forma parecida a los conceptos de solidaridad incorporados en sus postulados, tanto por los humanistas clásicos como por los del Renacimiento, y que, con toda seguridad, debieron haber marcado el pensamiento de Adam Smith, por haber sido él mismo un filósofo moral de elevada categoría, pues fue profesor de filosofía moral en la Universidad de Glasgow.

Sin duda, el ambiente del debate académico sobre la filosofía moral de la Europa de su época, con David Hume a la cabeza, se concentraba en la tesis de que el individuo, si bien respondía primariamente en el mercado a sus impulsos egoístas, en su actuación también incorporaba motivaciones altruistas. A pesar de que Hume pertenecía a la escuela de filosofía que se conoce como Empirista, y de que fue un crítico severo de la forma cómo se conducía la jerarquía eclesiástica y en ciertos círculos era considerado ateo, fue ampliamente aceptada su contribución al campo de la filosofía moral, desde una óptica laica, siendo así uno de los primeros filósofos que enfatizaría en la necesidad de educar a las sociedades en la práctica de una “ética civil”. En ese sentido compartió con Adam Smith, la tesis de la motivación altruista como complemento del interés individual, fundando las bases para una teoría holística del comportamiento económico de las personas. Y estas fueron las tesis que hizo suyas Adam Smith y que las incorporó en su pensamiento filosófico.

La academia, desde hace dos siglos, no ha estudiado a cabalidad, por una parte, que las teorías de Smith no funcionan cuando el progreso técnico induce sistemáticamente la presencia de grandes consorcios empresariales en el mercado, que influyen y, en su mayor parte, controlan su funcionamiento; y, por otra que lo que se pretendió definir como motivación fundamental de los individuos, la búsqueda del interés individual con el tiempo ha devenido en la exacerbación de las sensaciones individuales tanto en el acto de consumo, como a los actos de comercio a través de las ganancias, sensación ególatra que no tiene nada que ver con la actitud personal ética que Smith propugnaba. A pesar de ello, ¡todo el mundo cree que las ideas de Smith continúan prevaleciendo modernamente como el pensamiento básico de la economía liberal clásica! ¡Cuán equivocados están quienes así lo creen!

Adam Smith jamás habría consentido que la economía que él concibió fuese convertida en simple crematística. Si él viviera hoy, jamás reconocería a la economía moderna sustentada en el más simple y vil egoísmo como parecida siquiera a la teoría económica frugal, moral y social que él creó.

De cualquier manera, la historia siguió su curso; ahora, el principal devenir habría de pasar de Inglaterra a Francia, y de allí a América y al resto del mundo. Efectivamente, las ideas de Locke fueron asimiladas por el francés Voltaire (en los tres años que permaneció exilado en Inglaterra), y, a través de él a Denis Diderot, quienes juntos fueron los autores de la Enciclopedia Francesa que habría de divulgar todos los avances del conocimiento técnico que, a la sazón, florecían en el mundo -principalmente por las contribuciones de Isaac Newton, así como por las nuevas ideas de otros filósofos, como Descartes, que se pusieron a disposición de las academias francesa e inglesa-. No menos importantes fueron los aportes de otro humanista, J.J. Rousseau, quien, a través de su libro "El Contrato Social" incorporó a los sectores laborales en la nueva forma propuesta de organización democrática del Estado, siendo el principal reivindicador de las tesis de justicia social como objetivo central de política pública en las economías liberales modernas. En este sentido, también fueron relevantes los aportes del economista inglés David Ricardo.

Las ideas de J.J. Rousseau fueron asimiladas por Thomas Jefferson, quien, conjuntamente con Benjamin Franklin y John Adams fueron los que trasladaron las ideas de libertad a los nacientes estados de Norteamérica, quienes, basándose en principios liberales de los pensadores ingleses y franceses mencionados, se revelaron contra la monarquía y predominio ingleses en las colonias americanas y, al vencer en la revolución, en el año 1776, elaboraron la Primera Constitución de los Estados Unidos de Norteamérica, acogiendo plenamente las premisas del Estado liberal. A partir de entonces, los Estados Unidos han buscado

modelar e imponer en el mundo su sistema político-económico, gracias al cual obtuvo su liderazgo económico en el mundo, substituyendo a Inglaterra y Francia que antes lo ostentaban.

Pero fue la Revolución Francesa, en 1789, el punto de partida que terminaría en las décadas siguientes imponiendo su sistema económico en toda Europa, la cual reivindicaba principalmente la soberanía del individuo y la democracia política, y finalmente, consagraba los grandes principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad -que fueron recogidos en las primeras declaraciones de los derechos humanos-, pretendiendo finalmente ubicar al hombre como el objeto y sujeto de toda acción pública y, consiguientemente, someter finalmente al Estado a los derechos del ser humano. Desde entonces, se ubicó con claridad el papel subsidiario del Estado, tesis que no se consiguió aplicarla ni en forma inmediata ni automática. Sería la Iglesia Católica, muy posteriormente, la que elegiría este principio como el eje de su doctrina social.

Pero el cambio que prometía la Revolución Francesa no fue ni mucho menos fácil en su captación, y, peor aún, en su implementación. Pronto se constituyó en una paradoja histórica y una vuelta al barbarismo histórico, cuando el propio Robespierre, líder principal de la insurgencia popular francesa, quien, habiendo sido uno de los propulsores de los derechos humanos y sobre todo del respecto de la Ley que amparaba los mismos, terminó convirtiéndose en dictador e implantando el terror y el genocidio en su propio pueblo, manchando con sangre los anhelos de libertad, respeto y justicia para todo ser humano, por los que había luchado desde joven. Por otro lado, los intereses de la nobleza y de la aristocracia europea afectados drásticamente por la Revolución provocaron su inmediata reacción e incluso su vuelta al poder, deteniendo en momentos la acción de la revolución social. Sería Napoleón quien finalmente enarbolará la bandera de la sociedad más justa y democrática y buscara imponerla no solo en Francia, sino en toda Europa. Contradictoria e irónicamente buscó imponerla por la fuerza, y, al final sucumbiendo a sus propios afanes personalistas, se proclamó emperador, devalando en su caso particular la codicia y ambiciones personales que, en tantos otros casos, han deformado a tantos gobernantes a lo largo de la historia mundial.

Así pues, con agudos quebrantos y dolores, finalmente terminó divulgándose y acogiéndose en Europa las ideas de la Democracia Liberal.

... pretendiendo finalmente ubicar al hombre como el objeto y sujeto de toda acción pública y, consiguientemente, someter finalmente al Estado a los derechos del ser humano. Desde entonces, se ubicó con claridad el papel subsidiario del Estado, tesis que no se consiguió aplicar ni en forma inmediata ni automática. Será la Iglesia Católica, muy posteriormente, la que elegirá este principio como el eje de su doctrina social.



... abriendo la posibilidad de que coexistan en el comportamiento social la práctica de la técnica de la conveniencia y la técnica de la convicción, termino ocasionado que los gobernantes, en todo tiempo y lugar, prefieran y se adaptaran mejor a encontrar en "su conveniencia" la justificación de sus actos, muchas veces reñidos con el bien común y los valores éticos.

El liberalismo clásico en el periodo de los siglos XVIII al XIX: logros y desviaciones

Gracias al Liberalismo Clásico, en occidente se produjo un acelerado proceso de enriquecimiento y mejora de sus pueblos. El aumento consiguiente de la actividad productiva privada fue impresionante, así como el acelerado desarrollo del comercio internacional basado en la iniciativa privada. Con ello florecieron los sistemas de transporte y de comunicación.

Pero, obviamente, dicho progreso no fue logrado tal cual lo habían concebido sus progenitores: Adam Smith, Voltaire, Montesquieu, Rousseau, y Jefferson, entre otros. Muy pronto, la codicia pasó a ser la principal motivación tanto de gobernantes como de empresarios que trataron de aprovechar la libertad que les ofrecía el mercado para imponer sus propios intereses y designios. Muy pronto, el afán monopólico de determinados agentes económicos empezó a controlar los nuevos mercados que se les ofrecía. Las enormes riquezas existentes en ultramar, lo que ahora se llama el mundo en desarrollo, fueron aprovechadas por unos cuantos aventureros, mal llamados comerciantes, que, apoyados por gobernantes llenos de ambición de países que pretendían recuperar el lugar que la antigua nobleza había perdido y que ahora pretendía reencarnarse en dichos comerciantes de nuevo cuño, llevaron a la distorsión del sistema económico propuesto por Smith y, finalmente, a instaurar el colonialismo en el mundo.

En la propia Inglaterra, las primeras quiebras en el funcionamiento de la libre empresa fueron evidentes al constatarse no solo el abuso sino inclusive la explotación de los trabajadores dentro de empresas cuyos capataces devenidos en empresarios pretendían a toda costa forzar la productividad y los excedentes productivos, siempre en su beneficio. Tales empresarios se habían constituido en una mala reproducción de los viejos señores feudales que, más que procurar la consolidación de un sector obrero acorde a las necesidades del mundo moderno, lo convirtieron en un nuevo sector de opresión que recordaba el antiguo vasallaje de los feudos europeos.

Mientras en el funcionamiento del mercado libre, por un lado, se constataba en parte que en los mercados de bienes sí era posible alcanzar los equilibrios que dictaba la teoría, por otro, se observaba que tal cosa no ocurría en los mercados laborales. La pobreza masiva y la falta de educación y especialización de amplios sectores, significaba que en el mercado la oferta de trabajo rebasaba en exceso a la demanda mínima de puestos de trabajo, por la aplicación inmisericorde del principio técnico de "minimizar los costos laborales", requisito indispensable para "maximizar las utilidades" de los exitosos "condotieros" devenidos en empresarios.

En las colonias, los centros imperiales se instalaron en sus territorios con la única finalidad de sobreexplotar los recursos naturales, aprovechándose supuestamente del “know how” que poseían y por el cual se auto remuneraban generosamente, mientras se pagaban valores irrisorios por las materias primas que solo se sabían explotar en los centros imperiales. Jamás se produjo una transferencia de conocimiento técnico o de educación técnica para las grandes masas de los países de ultramar. Se extrajeron volúmenes cuantiosos de recursos como los que obtuvieron ingleses, holandeses, españoles y franceses, sin que desde el punto de vista económico se beneficiaran concomitantemente las poblaciones de los países subdesarrollados. El proceso de industrialización iniciado en Inglaterra en el siglo XVIII, que perduró a lo largo del siglo XIX y a lo largo del siglo XX, profundizó el sistema de coloniaje.

Dos siglos de vigencia de funcionamiento del sistema liberal clásico significó, en la práctica, una enorme concentración de riqueza en pocos países y en pocas manos, profundizando las desigualdades sociales tanto internamente en las metrópolis como en la economía mundial. El control de la economía mundial se vio reforzado por la acción de los organismos multilaterales en los cuales los países ricos consiguieron su total hegemonía y, consecuentemente, su predominio mundial sobre el resto de países.

Las tesis de Max Weber por dar sentido al capitalismo de origen protestante, al bifurcar la importancia de la ética en el manejo de los negocios y del poder, abriendo la posibilidad de que coexistan en el comportamiento social la práctica de la “ética de la conveniencia” y la “ética de la convicción”, terminó ocasionado que los gobernantes, en todo tiempo y lugar, prefieran y se adapten mejor a encontrar en “su conveniencia” la justificación de sus actos, muchas veces reñidos con el bien común y los valores éticos.

Avanzado el siglo XIX, la hegemonía de Inglaterra y Francia pasó a los Estados Unidos de América. Como se dijo, esta nación fue fundada bajo los mismos principios de la doctrina liberal clásica y gobernada en sus inicios por los líderes representativos de sus partidos políticos más importantes: Abraham Lincoln del partido Republicano y Thomas Jefferson del partido Demócrata. No obstante, este país también heredó parte de la tradición imperial europea y, muy pronto, conquistó nuevos territorios tanto hacia el oeste como hacia el sur, sometiendo a sus vecinos por la fuerza y, consiguientemente, ampliando sus fronteras territoriales y, con ello, sus fronteras de producción. Tanto en Europa como en Estados Unidos, desde ese entonces, mientras sus más prominentes académicos seguían proclamando como suyos los principios doctrinarios de los pensadores ingleses y franceses que gestaron la doctrina liberal clásica, sus gobernantes posteriores imponían sus métodos del “big stick” al mundo entero. Abraham Lincoln hizo esfuerzos por evitar el control y predominio económi-

cos en su país de los grandes “trust” que desde sus inicios quisieron gobernar los Estados de la Unión, pero no lo consiguió. Tampoco lo pudo hacer Thomas Jefferson, quien incluso en el discurso promovía la igualdad entre los hombres pero en sus propiedades mantenía a sus trabajadores bajo el sistema esclavista.

Sin la fuerza política suficiente en sus gobernantes, los grandes barones de la banca –los condotieros modernos– nacieron de las grandes obras públicas vinculadas con los grandes “trust” norteamericanos y, han sido ellos, desde ese entonces, quienes han estado gobernando la nación tras los bastidores de los partidos Republicano y Demócrata. Nombres como J.P. Morgan, Vanderbilt y Rockefeller –según la prensa de ese país ha publicado profusamente– son conocidos representantes de la oligarquía que ha gobernado ese país y que, generalmente, han disfrazado su gestión poniendo como presidentes a conocidos “actores” de la política, algunos de los cuales han sido preparados para el efecto por las grandes universidades norteamericanas que, simultáneamente, a través de ellos, reciben cuantiosos fondos públicos para financiar sus programas académicos. A esta forma de proceder, el señor Michel Camdessus, ex Director-Gerente del FMI, la llamó “relaciones incestuosas entre gobernantes, banqueros y empresarios.”

El liberalismo en el periodo de los siglos XX y XXI

De las grandes universidades financiadas por fondos públicos y privados han salido reputados economistas que influyeron en la forma de aplicar la política económica liberal en los Estados Unidos hacia la primera mitad del siglo XX. Entre ellos, Ludwig von Mises y, por supuesto, el más influyente y reputado Milton Friedman, como representantes de lo que se conoce como la Escuela de Economía de Chicago, quienes convirtieron a la teoría de libre mercado en una auténtica ideología, y, es más, casi en una religión. A ellos habría que añadir a Friedrich Hayek.

Luego de que durante las primeras décadas del siglo XX el modelo de protección industrial en Norteamérica, iniciado en el siglo XIX, rindiera plenamente sus frutos, los Estados Unidos sobrepasaron a Inglaterra en el predominio del mundo. Luego de la Primera Guerra Mundial, su preponderancia era indiscutible. Los Estados Unidos, ya como potencia mundial, influyó notablemente en la construcción del nuevo orden internacional, especialmente en la configuración de la Liga de las Naciones y posteriormente en la de la propia Naciones Unidas, en la cual los cinco países más ricos del mundo controlan el Consejo de Seguridad, órgano máximo de la ONU. Su situación geopolítica hacia ese momento era inmejorable y, por supuesto, todo hacía pensar que, gracias a ella, el sistema de mercado li-

condujo a que ahora sean los partidos socialistas de mercado —oficialmente conocidos como social-demócratas— los encargados de llevar a cabo el modelo norteamericano en el mundo.

Los principios morales de la economía han sido suplantados abiertamente por los anti valores como el lucro, la codicia y el éxito como principales motivaciones del ser humano. No es, pues, de extrañar que conjuntamente con la eficiencia monopolista empresarial se haya conseguido un incremento desmedido de los monopolios y, con ellos, de pequeños pero enormes y poderosos grupos de empresarios generalmente vinculados al sector financiero privado.

bre y la doctrina liberal clásica se impondrían finalmente en el mundo. Pocos quisieron ver que el sistema económico vigente en las grandes metrópolis y en el sistema económico internacional traía consigo graves inconsistencias y contradicciones, y que, si se lo dejaba simplemente a la acción codiciosa de los grandes barones de la economía, no se aplicaban severos controles oportunamente, podía en cualquier momento producirse una crisis financiera de proporciones, con grandes repercusiones económicas y sociales sobre las naciones del mundo.

Y así, lo que parecía imposible ocurrió finalmente al término de la década de los años 20 en el siglo pasado. Se desmoronó el sistema financiero de los Estados Unidos y con ello se produjo la gran crisis de la economía mundial. Y solo entonces se constató la inconsistencia de los principios de un libre mercado gobernado por monopolistas que funcionaba lejos y divorciado de los principios propugnados por Adam Smith y los demás clásicos de su época: David Ricardo, John Stuart Mill, Juan Bautista Say y Robert Malthus.

Pero fue un profesor de la Universidad de Cambridge, Inglaterra, antiguo alumno del neoclásico Alfred Marshall, John Maynard Keynes, quien fue convocado no solo para proponer alternativas al sistema económico mundial, sino también para dar auxilio a la política económica norteamericana. Gracias a su recomendación de utilizar el aparato estatal para restaurar el gasto público, especialmente el gasto de inversión, conjuntamente con la adopción de un sistema de controles sobre las instituciones financieras privadas para dirigir su acción hacia objetivos de política económica global y a la restauración de los desequilibrios macroeconómicos, al final terminó controlándose la crisis de la economía norteamericana y mundial.

Pero ello no fue suficiente, hoy se sabe que sin el advenimiento de la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos no habría podido recuperar y sobrepasar su poderío económico prevaleciente hasta entonces. Es más, existen serias presunciones de que uno de los justificativos importantes para persuadir al gobierno norteamericano de que participe directamente con los aliados en la Guerra Mundial contra los países del eje liderado por Alemania, fue precisamente el impulsar la producción de guerra, y con ello recuperar a las grandes empresas acereras y a las de producción de maquinaria y vehículos. No es pues sorprendente que en el libro de Paul Samuelson, denominado “Introducción a la Economía”, se refiera como alternativas pedagógicas dentro de la teoría de las funciones de producción a la combinación y elección posibles de los cañones y la mantequilla (!!!).

Hacia la década de los años 70, una vez restaurados los equilibrios macroeconómicos y la consecuente frontera de producción del país, los empresarios monopolistas norte-

americanos habían recuperado con creces su influencia, fundamentalmente a través del partido Republicano; y, obviamente, empezaron a presionar por el retorno a su vieja costumbre de manejar indirectamente la economía norteamericana.

Pero estos no habían olvidado sus habilidades retóricas en la política: continuaron utilizando el slogan de “economía de libre mercado” a su sistema de controlar las decisiones tras bastidores de los partidos políticos que se sucedieron en los gobiernos de la postguerra. A tal slogan añadieron un nuevo ingrediente: el tachar como comunista todo tipo de gasto estatal, y encargar al Senador MacCarthy la represión a los sectores laborales. Tal consigna tuvo especial repercusión en la población norteamericana que, desde el año 1917, había presenciado que, en la zona Este de Europa, la URSS y China, los comunistas controlaban casi las dos terceras partes de la población mundial bajo un sistema socialista devenido de la Revolución Rusa en dicho año. Dichos países se confrontaron con los Estados Unidos y la zona occidental de Europa por el control de la economía y el poder mundiales. Sus tempranos éxitos hasta los años 60, conseguidos a través de una fuerte inyección de recursos públicos hacia la inversión pública en industria pesada, hicieron temer a los norteamericanos acerca de su futuro. Dichos éxitos conseguidos a costa de la pérdida de la libertad de su población, pusieron en duda en amplias zonas del mundo no solo la validez del sistema liberal clásico y su correspondiente forma de gobierno democrático, sino incluso el sistema de mercado libre con presencia estatal moderada e indicativa concebido por Keynes. Fueron los años de la Guerra Fría, en los cuales Rusia y Estados Unidos se disputaron la posesión de extensas áreas en países subdesarrollados, carrera en la cual llegaron inclusive a disputarse el dominio bélico basado en el poderío atómico.

Fue cuando los republicanos lograron el poder con Ronald Reagan en el año (1981 – 1989) que se emprendió en una serie de estrategias para dilucidar el dilema en el mundo acerca de cuál de los dos sistemas, socialista o de libre mercado, era el mejor. Con un primer experimento aplicado en Chile, con la dictadura de Pinochet en 1973 y, en seguida, con la estrategia magistral de infiltrar en los partidos socialistas de Europa occidental varios de los principios de la economía de libre mercado, que se condujo a que ahora sean los partidos “socialistas de mercado” —oficialmente conocidos como social-demócratas— los encargados de llevar a cabo el modelo norteamericano en el mundo, con el pleno consentimiento de los organismos de Naciones Unidas y los organismos financieros internacionales creados en Bretton Woods.

El liberalismo en la época contemporánea

Y entonces sí, llegó la hora de Milton Friedman, a través de su influencia ideológica en la reconfiguración política de los países que pasarían a dar lugar a un sistema socialista de mercado en Europa. Este nuevo bloque de países unidos ideológicamente con los Estados Unidos inició un proceso de reconquista del mundo. En 1976, dicho economista fue galardonado también con el premio Nobel de Economía.

Hacia 1989 cayó el Muro de Berlín, año en el cual, y en forma inmediata, se convocó al Consenso de Washington para dar un nuevo y mayor impulso a la estrategia que había sido exitosa en reunificar a los países de Europa occidental bajo el signo del socialismo de mercado. A partir de este suceso nació el “neoliberalismo”, así bautizado por su propio mentor John Williamson. Y ahora fue Keynes y los neokeynesianos los que pasaron al olvido; estos fueron substituidos por Friedman en medios académicos, y los señores George Bush, padre e hijo, colocados en el gobierno norteamericano. Fueron éstos los encargados de predicar e informar al mundo el nuevo “manifiesto neoliberal” de que el sistema de libre mercado regresaba para quedarse hasta el final de los tiempos.

Así, pues, de ese modo, el mundo constató el advenimiento del neoliberalismo al planeta. Obviamente, tal doctrina ya no era ni de lejos la concebida por un filósofo moral como fue Adam Smith. Los principios morales de la economía habían sido suplantados abiertamente por los anti-valores como el lucro, la codicia y el éxito como principales motivaciones del ser humano. No es, pues, de extrañar que conjuntamente con la eficiencia monopolista empresarial se haya conseguido un incremento desmedido de los monopolios y, con ellos, de pequeños pero enormes y poderosos grupos de empresarios generalmente vinculados al sector financiero privado. Y, simultáneamente, se haya promovido y difundido el consumismo en el mundo. Pero, en forma concomitante, llegó también la época en donde grandes masas de población se empobrecieron y se consagró la injusticia social en el mundo. En algunos países del Este, en Rusia, por ejemplo, se constata el predominio de grandes mafias financieras privadas, y en China el advenimiento de nuevos monopolistas privados, conjuntamente con una pequeña burocracia vinculada a estos que ejercen el poder a su antojo. Muertos Keynes y Adam Smith, en las mentes de quienes dirigen el mundo pasaron también al olvido los grandes principios de la filosofía moral.

Pero, luego de un lapso algo mayor a una década y media, después de la caída del Muro de Berlín y de la proclamación del “Manifiesto” del Consenso de Washington, volvió a ocurrir lo impensable: el sistema que había sido diseñado para durar por toda la eternidad, volvía a desmoronarse estrepitosamente, y ¡nuevamente provocado por los des-

manes de los grandes barones de la banca mundial! De este modo, aquellos sucesos que dieron origen a la gran depresión de los años 30, que se originó en los Estados Unidos y abarcó grandes zonas del planeta, volvieron a ocurrir. Solamente que, en esta vez, tanto sus orígenes como sus efectos tuvieron repercusión mundial en instantes más cortos.

En un mundo al que se había convencido de que ahora “lo global” era determinante -sofisticadamente, tratando de convencer de que los beneficios económicos en todas las zonas del mundo ahora serían globales-, lo que verdaderamente ocurrió fue que los efectos más perniciosos de la crisis ahora impactaron globalmente.

Los devotos de la globalización no quisieron ver que, ya al finalizar el segundo milenio, los desequilibrios de la economía mundial eran enormes.

Joaquín Estefanía, el periodista español del diario El País, estimó que hacia el año 2000 el volumen de activos financieros circulando en el mundo era como cincuenta veces (!!!) más grande que el valor total del comercio mundial. Y Stephan Schmidheiny, el magnate de las finanzas mundiales, lo estimó en cien veces superior, en la misma época. Los principales economistas del mundo, de pronto, se volvieron ciegos. La fe en el neoliberalismo había provocado una ceguera universal: nadie quiso aceptar que el nuevo milenio se iniciaba con un apalancamiento de los “derivados financieros” inédito por su volumen en la historia económica mundial.

Como consecuencia, entre el año 2008 y 2010 se produjo una recesión económica mundial que estuvo a punto de asemejarse a la gran depresión de los años 30 del siglo pasado. Y no llegó a tener sus mismas repercusiones debido a que, ahora, los gobernantes norteamericanos y europeos recurrieron a las bibliotecas de las universidades y organismos internacionales, y a un alarde de recuperación de su memoria. De repente, salieron de su amnesia y recordaron al difunto John Maynard Keynes, y pusieron en práctica las mismas sugerencias vertidas por él en los años 30. ¡Keynes redivivus! De este modo, el dinero de los contribuyentes norteamericanos y europeos fueron utilizados nuevamente en cuantiosos volúmenes, inimaginables en la historia, para rescatar literalmente a los banqueros y monopolistas que habían provocado la crisis y, en un período relativamente corto, éstos se encuentran recuperando rápidamente su antiguo poder, habiendo trasladado, como es lógico, la crisis a las familias norteamericanas y europeas que han visto perder su patrimonio en proporciones enormes. ¡Nuevamente la pobreza de los muchos vino en auxilio del bienestar perdido de unos pocos!

Resulta sintomático, y hasta paradójico que, recién ahora, luego del daño infringido por varias ocasiones a amplias proporciones de gente en el planeta, algunos economistas

del mundo desarrollado empiecen nuevamente a rememorar las tesis éticas levantadas hace dos mil quinientos años en la Grecia antigua; hace quinientos años en el renacimiento; y hace doscientos años en el liberalismo clásico; y hace setenta años en la época keynesiana. ¡Ahora todo el mundo es nuevamente humanista y neokeynesiano!

Pero nada está totalmente claro. En muchas zonas del mundo ha aparecido un nuevo fenómeno político ante el fracaso de las dos doctrinas extremas aplicadas en los siglos XX y XXI. Con el fracaso tanto del sistema de libre mercado bajo control monopolista como del sistema socialista de planificación centralizada, han empezado a aparecer un conjunto de sistemas políticos híbridos que pretenden ofrecer soluciones urgentes e inmediatas a los pueblos pobres del mundo. Estos sistemas empiezan a proliferar especialmente en el mundo en desarrollo, una vez que los pueblos de esta zona del orbe han perdido confianza en la conducción política y económica tanto en las zonas de este como del oeste. Los fracasos de la conducción mundial han creado un enorme escepticismo en casi todos los pueblos del orbe, dando lugar al apareamiento de nuevos “mesías” que prometen ser los poseedores de la piedra filosofal y de las llaves de los nuevos paraísos terrenales. Para lograr acceder al poder, solo basta con prometer solucionar todos los males sociales en muy poco tiempo. Solamente es necesario recurrir a cuestionar a las instituciones democráticas creadas en el capitalismo liberal a ultranza como en el socialismo centralista y totalitario.

Los nuevos redentores pretenden ubicarse en alguna parte del centro político y desde ahí cuestionar todo el pasado, fustigar e insultar a los líderes de los partidos democráticos tradicionales y emprender en un gasto desproporcionado en forma de subsidios, haciendo uso de cuantiosos volúmenes de recursos públicos que satisfagan las necesidades momentáneas de los pobres del mundo.

En lugar de honrar las tesis de Smith y Keynes, de que los recursos públicos sean prioritariamente utilizados para crear fuentes de trabajo y pequeñas empresas autogestoras que auto sustenten el desarrollo endógeno de las naciones y de sus pueblos pobres, se gastan enormes cantidades de ahorro en forma de subsidios del Estado para satisfacer necesidades urgentes de amplios conglomerados pobres, con los cuales se consagran alianzas políticas electorales que dan estabilidad en el gobierno a dichos vendedores de ilusiones, en muchos casos en forma autoritaria, en desmedro de las instituciones democráticas libres, al mejor estilo de las propuestas de gobierno de César Borgia promovidas por Nicolás Maquiavelo, uno de los grandes sofistas de la historia humana.

Conclusión

Con la pérdida de los valores propugnados por Smith y Keynes, ahora son los antivalores como la codicia, el lucro, el éxito y la exacerbación de las sensaciones corpóreas los que sirven como patrones de conducta de las personas, en sustitución de antiguas virtudes como el ahorro, la frugalidad, la solidaridad y la gratuidad. Estos últimos, que son algunos de los valores que fueron concebidos por los grandes humanistas clásicos hace veinticinco siglos y por los humanistas cristianos hace cinco siglos, son los que dieron lugar a creer en ese entonces en la utopía de un hombre verdaderamente libre, redimido de todo tipo de esclavitud incluida la que trae consigo la crematística. Ahora, esa antigua creencia es objeto de todo tipo de dudas y cuestionamientos.

Las antiguas guerras mundiales que parecían haber sido proscritas se han convertido en innumerables guerras localizadas; el cambio climático amenaza con desaparecer zonas y ciudades enteras del orbe; el narcotráfico penetra cada vez más en gobiernos y entidades bancarias de todo el mundo; la droga se ha apoderado de las mentes de masas crecientes de jóvenes en todo el planeta; el sexo es contemporáneamente el nuevo opio del pueblo; la desintegración de la familia ha quitado espacio a la presencia del padre y la madre en las unidades familiares; la depresión es la nueva enfermedad del siglo XXI; y finalmente, la aparición de posturas arrogantes que buscan la total independencia del hombre respecto de los valores morales y religiosos, ponen en duda la hipótesis de que el hombre puede dominarse a sí mismo, a su entorno y a sus formas de organización, para procurar extender el progreso material conjuntamente con el espiritual.

Dicho lo cual, concluyo y me ratifico que el Liberalismo Clásico fue en efecto un gran hito en la historia del pensamiento humano, tal cual fue concebido por los filósofos morales, pero que en su praxis ha sido totalmente tergiversado y finalmente modificado y puesto de lado como propuesta para influir en la conducta de las personas y de las sociedades. El Liberalismo Clásico ha sido desfigurado hacia un liberalismo inmoral y utilitario que obra a favor de unos pocos, en detrimento de las mayorías. El pragmatismo, a su vez, lleva al libertinaje más abyecto y pernicioso. Como resultado, el hombre anhela renovadamente las utopías de todos los tiempos, que ahora las ve cada vez más lejos. Así pues, con qué fuerza resuenan ahora las palabras de Ernesto Sábato mencionadas al inicio de este artículo: "Historia y mito han demostrado que la historia no es suficiente para el hombre. El hombre solo cabe en la utopía".

Si el Liberalismo Clásico ha de proyectarse hacia el futuro, se hace urgente recuperar el pensamiento de los filósofos morales de todos los tiempos: abandonar finalmente el hedonismo y perseverar en la realización de la utopía humanista.



... que algunos economistas del mundo desarrollado empiecen nuevamente a rememorar las tesis éticas levantadas hace dos mil quinientos años en la Grecia antigua; hace quinientos años en el renacimiento; y hace doscientos años en el liberalismo clásico; y hace setenta años en la época keynesiana. Ahora todo el mundo es nuevamente humanista y neokeynesiano!.

